

La última trinchera

Notas sobre el discurso amoroso, el desamor y el desencanto

Carlos Pérez Zavala*

Y si es cierto que el mundo no se detiene
y que somos polvo de estrellas fugaces
y si es cierto que el amor no se alcanza
y la vida se va como agua entre las manos
entonces ¿Para que tenemos tanto corazón?

En estas líneas intento exponer algunas ideas, nociones e hipótesis alrededor del tema del discurso amoroso en la modernidad, de manera más propedeutica que analítica. Es necesario reconocer que ante la imposibilidad de un estudio profundo y riguroso sobre un problema tan vasto y complejo, este ensayo contiene más preguntas que respuestas.

La historia nos muestra que en Occidente, el significado que se le ha asignado a la razón ha consistido en considerarla como la *vía regia* para el conocimiento y característica indudable del proceso de modernización. Desde Kant, el énfasis en la razón y en el proceso de racionalización acompañaron el espíritu innovador de las sociedades capitalistas.

Son las revoluciones burguesas del siglo XVIII el escenario histórico en donde se prefigura el proyecto de la modernidad, y es a partir de las conquistas de la razón que, el hombre se atreve a “saber”, a “salir de su minoría de edad”¹ y constituirse como sujeto a través del ascenso de una clase social.

Para convenir en alguna de las definiciones posibles de lo que se entiende actualmente por “modernidad”, quiero citar a Marshall Berman,² quien logra sintetizar este complejo proceso en pocas palabras:

“Todos los hombres y mujeres del mundo comparten hoy una forma de experiencia vital —experiencia del espacio y del tiempo, del ser

* Profesor, Investigador del Departamento de Educación y Comunicación, UAM-X.

¹ Kant, Emmanuel. *Filosofía de la historia*. Fondo de Cultura Económica, México, 1952.

² Berman, Marshall. *Brindis por la modernidad*, en Revista *Nexos*, no. 89, mayo de 1985. 33-46.

y de los otros, de las posibilidades y los peligros de la vida— a la que llamaré modernidad. Ser modernos es centrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo— y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, lo que sabemos, lo que somos. Los ambientes y las experiencias modernas cruzan las fronteras de la geografía y la etnicidad, de las clases y la nacionalidad, de la religión y la ideología: en este sentido puede decirse que la modernidad une a toda la humanidad. No obstante, esta unión es paradójica, es una unión en la desunión: nos arroja a un remolino de desintegración y renovación perpetuas, de conflicto y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es parte de un universo en el que, como dijo Marx, “todo lo que es sólido se evapora en el aire”.

Una constante atraviesa la obra y las actitudes de la mayoría de los autores que han reflexionado sobre los productos históricos de la modernidad: una actitud de desencanto y decepción ante el predominio de una razón instrumental, fuera de los individuos y despojada de todas sus capacidades emancipadoras.

En otras palabras, percibimos que uno de los productos de la modernidad es el haber convertido a su principal instrumento, la razón, en una trampa. Es decir, el excesivo énfasis en la tecnologización de la razón ha conducido a las sociedades modernas a un callejón sin salida en el que la principal característica es el desencanto.³

Marx nos desencantó de la idea de la sociedad como un todo armónico; Nietzsche nos abrió los ojos en relación a las falacias de la moral y la verdad en Occidente; Weber nos hizo reconocer en las instituciones y en la tendencia de la sociedad hacia la racionalización, la reducción de los espacios para la libertad individual; Freud nos mostró el lado oscuro de la razón (el inconsciente) y sus sinsabores; Foucault nos enseñó a mirar desde dentro a nuestras sociedades modernas y a denunciar sus mecanismos más brutales y más sutiles de dominación y control.

Ante este panorama desolador de nuestras posibilidades como individuos pertenecientes a las sociedades modernas, parece que lo único que nos queda, la última trinchera, es la de refugiarnos en

³ Horkheimer, M. y Adorno, T.W. *Dialéctica del iluminismo*. Ed. Sur, Buenos Aires, 1969.

nuestra intimidad; buscar el sentido de la vida en la intersubjetividad de la vida amorosa y en el diálogo discursivo que ésta nos permite. Sin embargo, creo que hoy más que nunca, nuestro tiempo nos obliga no sólo a participar histórica y políticamente en la construcción de nuestro propio destino, sino a reapropiarnos de nuestra subjetividad a través de la relación con el otro.

Esto es particularmente difícil ya que el supuesto “orden amoroso” de la modernidad se ha transformado en las sociedades capitalistas contemporáneas no sólo en un “nuevo desorden amoroso”⁴ sino en su propia negación. Es decir, a partir de la constante destrucción del antiguo orden amoroso es cada vez más difícil para los hombres y mujeres de nuestro tiempo el procurarnos un espacio posible de expresión crítica de nuestra propia subjetividad, aun en los terrenos más íntimos.

Si aceptamos considerar la idea de que es también en el discurso amoroso en donde nos constituimos como sujetos, habría que reconocer que así como la aventura prometeica del conocimiento, la aventura amorosa es a su vez un método de conocimiento. Es decir, el “enamoramiento” no es sólo una expresión íntima y personal de cada uno de los hombres y mujeres vistos aisladamente, sino que expresa al mismo tiempo una forma de conciencia crítica.

En uno de los libros más imaginativos que se han escrito recientemente sobre este tema, Roland Barthes nos advierte sobre la condición fragmentaria de todo discurso amoroso:

“...Todo episodio amoroso puede estar, por cierto, dotado de un sentido: nace, se desarrolla y muere, sigue un camino que es siempre posible interpretar según una causalidad o una finalidad, o moralizar, incluso, si es preciso (“estaba loco”, “estoy curado”, “el amor es un señuelo del que será necesario desconfiar en adelante”, etc.): ahí está la historia de amor, esclava del gran Otro narrativo, de la opinión general que desprecia toda fuerza excesiva y quiere que el sujeto reduzca por sí mismo el gran resplandor imaginario que lo atraviesa sin orden y sin fin a una crisis dolorosa, mórbida, de la que es necesario curarse (nace, crece, hace sufrir, pasa, exactamente como una enfermedad hipocrática): *la historia de amor* (la “aventura”) *es el tributo que el enamorado debe pagar al mundo para reconciliarse con él.*⁵

⁴ Bruckner, M. y *El nuevo desorden amoroso*. Finkielkraut, A. Ed. Anagrama, Barcelona 1979.

⁵ Barthes, Roland *Fragmentos de un discurso amoroso*. Siglo XXI, México, 1982. pp. 16-17.

Podríamos decir que en la actualidad encontramos que la modernidad aniquila el eterno abrazo de los amantes y sólo el recuerdo es lo que nos hace pronunciar las palabras del discurso amoroso. Es decir, éste se genera y se expresa en la soledad, y es desde aquí que se constituye en una forma de conocimiento de uno mismo y del mundo.

El carácter irrealizable del deseo total, hace de él un engaño. Un engaño que consiste en que los individuos tengan que trabajar sin descanso en un sistema de producción que necesita de sujetos ilusionados y burlados en lo libidinal. Por otra parte, el deseo total es una pretensión imposible y siempre deseada. Así, la eterna búsqueda del ser amado se convierte en un errabundeo constante; en este proceso doloroso y crítico el enamoramiento siempre nos conduce a nuestra propia conciencia.

“Aunque todo amor sea vivido como único y aunque el sujeto rechace la idea de repetirlo más tarde en otra parte, sorprende a veces en él una suerte de difusión del deseo amoroso; comprende entonces que está condenado a errar hasta la muerte de amor en amor”.⁶

El discurso amoroso se da en la extrema soledad, transita del deseo total a la conciencia crítica y supone una constante ruptura en el continuo pasión-goce-intimidad-apetito e inversión erótica.

Al mismo tiempo, el carácter del discurso amoroso es un producto lúdico y el momento trágico sólo aparece cuando se da el reconocimiento del otro. La identificación del sujeto amado corresponde a una crítica de la realidad de los amantes y por eso amarse es también tener conciencia de la caducidad y por tanto de la crítica.

Es decir, la relación yo-otro conlleva un momento de extrema falsedad que rompe la estructura del delirio amoroso, suplanta la realidad, pero una vez más vuelve al delirio. Así el discurso amoroso delirante propone un “yo” que nunca encuentra al otro. Es un difícil y doloroso juego de espejos. Nunca podemos establecer la igualdad de condiciones y nunca se alcanza la distancia necesaria para reconocer al otro. De esta manera, los enamorados nos lamentamos de lo que perdemos de nosotros mismos.

⁶ *Ibid.* pág. 110.

En el discurso amoroso, terreno en donde la “objetividad” no existe, o se asume la desigualdad de condiciones o se establece el delirio de poseer al otro en la medida en que le dejamos poseernos, pero rara vez se da la distancia óptima que nos permita ser y dejar ser al otro. De esta manera, el resultado de toda relación amorosa se transforma en trabajos de amor perdidos, abandono, duelo, angustia, tristeza y melancolía. Por su parte la conciencia crítica que desencadena esta experiencia, en la mayoría de los casos culmina con el olvido y con la nueva postulación del yo desde la soledad.

Freud señala al respecto: “...mi tristeza pertenece a esa franja de la melancolía en que la pérdida del ser amado permanece abstracta. Carencia redoblada: no puedo siquiera investir mi desdicha como en el tiempo en que sufría por estar enamorado. En ese tiempo deseaba, soñaba, luchaba; un bien estaba ante mí, simplemente retardado, atravesado por contratiempos. Ahora ya no hay resonancia, todo es calma, y es peor. Aunque justificado por una economía —la imagen muere para que yo viva— el duelo amoroso tiene siempre un remanente: una expresión regresa sin cesar. Qué lástima”.⁷

El sujeto desencantado del discurso amoroso es aquel que destruye dentro de sí el reconocimiento del otro. Es la radicalidad del yo erótico en donde se explican las fallas del otro.

Por otra parte, el proyecto de la modernidad para el discurso amoroso es transformar la pasión en un falso goce, que se basa en la expresión de la sexualidad vaciada de toda subjetividad. Es decir, nuestra sexualidad y erotismo han perdido su carácter lúdico y sólo se convierten en medios y fines. El erotismo queda preso entre los medios y los fines, inversión y sentimiento, saldos y pérdidas. El interés, una vez más se centra en el *producto*. Una especie de apología del orgasmo a costa de la subjetividad, es decir, del proceso histórico en la vida de los amantes.⁸

La moral y la cultura occidental presuponen para el amor el mismo destino que le han asignado a la libertad. Sin embargo, a pesar de todo, el discurso amoroso estará siempre en la base misma de toda filosofía crítica.

⁷ *Ibid.* pág. 128.

⁸ Foucault, M. *Historia de la sexualidad*. La voluntad de saber, Siglo XXI, México, 1977.